

DIRECTORA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

Núm. 85

Salamanca 15 de Febrero de 1913

Año VIII

DE MI VIDA

IMPRESIONES



CUANDO oí que se moría el Archiduque Reniero, no dudé un instante de que Isabel vendría a Viena. Es una de esas almas fieles, como se encuentran pocas, desgraciadamente en el mundo. Ni las distancias, ni los años que pasan, ni la diversidad de circunstancias logran cambiarla.

Sabía también que no pasaría por Munich sin detenerse en mi casa algunos días, sobre todo ahora que estoy triste y necesito como nunca el cariño de los míos. Aquí está, bajo este techo, en donde se reunía toda la familia hace más de cuarenta años.

Los padres de mi marido daban entonces hospitalidad a mi hermano Alfonso, desterrado de España, y el mismo ayo de sus hijos,

el Dr. Singg, actual Obispo de Augsburgo, le enseñaba el alemán antes de que ingresara en el «Theresianum» de Viena.

Pálida y demacrada llegaba en aquellos días Isabel a Nymphenburg acompañada de la Archiduquesa María, esposa del Archiduque Reniero, que al recibir la noticia de la repentina muerte del Conde de Girgenti, no había dudado un instante en correr a Lucerna, al lado de mi hermana, para ayudarla en los primeros pasos de su viudez.

El tiempo dicen que todo lo borra. Yo creo que no. Los grandes sentimientos resisten fácilmente la obra destructora de los años. La Archiduquesa María, tan buena con mi hermana en aquellos días, vieja y casi ciega ahora, pierde al compañero, que fué la luz de su vida durante sesenta años de felicidad completa, y al buscar en los primeros momentos una mano amiga, se encuentra con la de Isabel, que ya madura por los años y la experiencia, sabe alentarla y sostenerla en la desgracia.

Juntas las dos, en medio de tantas tristezas, habrán recordado los hermosos días que de cuando en cuando pasaba con el feliz matrimonio la buena Isabel; el viaje que los Archiduques hicieron a España, cuando la Reina Cristina, su ahijada, fué a compartir el trono con mi hermano.

Allí, como en todas partes, los Archiduques Reniero se captaron las simpatías de todo el mundo. ¡Pero cuán lejos estamos de aquellos acontecimientos y de aquellas fechas! Esta generación nos mira a veces con asombro cuando nos oye hablar de esas cosas de antaño que a nosotros se nos figura que pasaron ayer. ¡Y desde entonces acá, cuánto hemos visto y vivido!

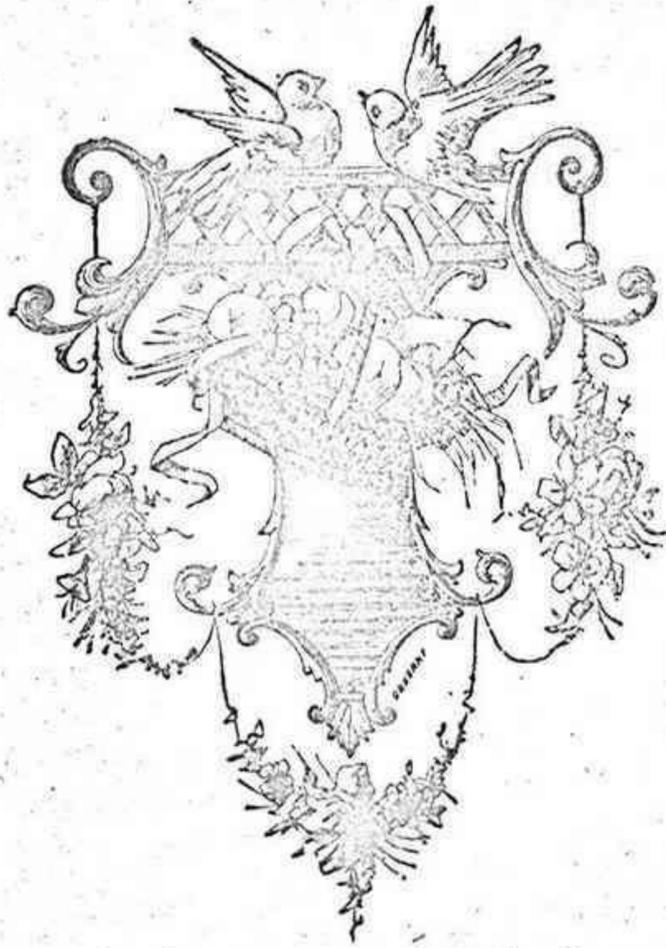
Este luto que llevo ahora por fuera y que llevaré siempre por dentro, me dice el vacío irreparable que hay en mi vida y en mi familia. Isabel lo sabe y lo comprende como nadie, por eso puedo abrirle mi corazón, comunicar con ella mis sentimientos, mis vacilaciones, mis tristezas, hablar de todo lo que soñé cuando era niña, del largo camino recorrido desde entonces, de mis esperanzas, de las ilusiones que aún me quedan, de mis nietos.

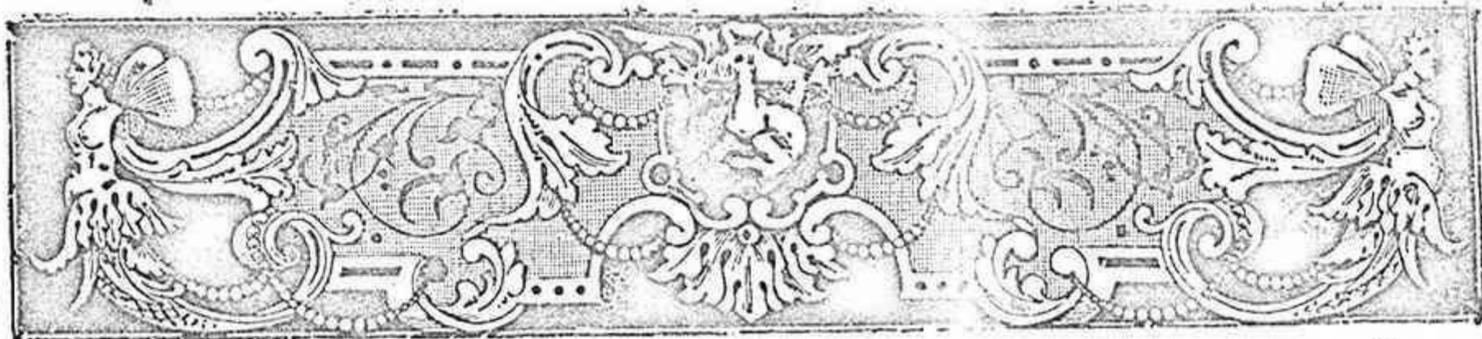
¡Mis nietos! María Teresa, no me cansaré de repetirlo, fué siempre muy buena conmigo. Para convencerme de que vendrían a verme todos los años, me dejó aquí parte de los juguetes de sus hijos: sus camitas, sus sillas, cosas en cuya contemplación yo me recreo mientras llega la hora de abrazarlos.

Como son cuatro, les estoy arreglando cuartos nuevos, alegres, llenos de luz, con toda la poesía que me es posible darles. Y todo

será poco para ellos. ¡Han perdido tanto, que por mucho y grande que sea lo que les demos los que para ellos vivimos, siempre sentirán en su alma la ausencia de la madre, y de una madre como aquella!

PAZ.





DE NÚMERO A NÚMERO
—
MIRANDO A ESPAÑA

(1860-1913)



ACÍFICAMENTE, *sin que la pólvora haya dejado oír su voz homicida, y entre las aclamaciones de moros y judíos, se ha izado en Tetuán la bandera española, como signo de la civilización que en nombre de las naciones europeas y cristianas ha de irradiar España por la parte septentrional del imperio de Marruecos.*

Medio siglo atrás también flameó sobre la alcazaba de Tetuán el pabellón hispano; pero entonces hubo necesidad, para lograr tal resultado, de reñir sangrientas batallas, en las que perdieron su vida millares de heroicos españoles.

Castillejos, Tetuán, Wad-Rás, nombres evocadores de una epopeya escrita en la historia con letras de oro....., son hermosos para cantados por los poetas y copiados en su grandeza por pintores. Pero la Patria, pletórica de laureles y exangüe por conquistarlos, agradece más que tanto heroísmo la diplomacia que ha servido para que la conquista de Tetuán no le haya costado ni una lágrima, ni una gota de sangre.

Y esa diplomacia ha sido obra de los beneméritos religiosos españoles que en Marruecos luchan por la cruz y por la Patria, y que con su bondad y su caridad, han conquistado la veneración de los moros enemigos, más nobles que los que aquí, en España, quieren ofender a los que han sacrificado su vida por redimir a sus semejantes.

UNO.



ALIVIO DE CAMINANTES

(FRAGMENTOS DEL PROLOGO)

Huyendo la torpe grey
de esta miserable edad,
en mi esquivada soledad
vivo con humos de rey.

No hay servidumbre ni ley
que me fuerce a transigir;
a nadie quiero servir,
que he jurado, por mi honor,
no servir nunca a señor
que se me pueda morir.

Yo puse a la vida el precio
de un ardite, a fuer de hidalgo;
yo sé lo mucho que valgo
por lo mucho que desprecio.

No extrañéis que hable tan recio
de mi hidalga condición,
por qué mis blasones son
más altos que el alta sierra:
tengo los pies en la tierra
y en el cielo la afición.

·Fuí, por nacer, desgraciado,
pues, en mi tiempo, nacer
español e hidalgo, es ser
dos veces desventurado.

Sólo encuentro en lo pasado
para mis penas ambiente,
porque en su callada fuente
y hasta en sus tumbas piadosas
olvido las dolorosas
vergüenzas de lo presente.

Y aun, por facer más entuertos,
han dado varones graves

en cerrar con siete llaves
los sepulcros de los muertos!
¡Hacen bien! Porque si abiertos
los sepulcros les dejaran,
hasta los muertos se alzarán
contra nosotros, altivos!...
¡Por maldecir a los vivos
los muertos resucitarán!

¿Cómo han de amar la memoria
de los blasones paternos
estos bárbaros modernos
sin sentido de la historia?

¡Si es la puchera su gloria
y es su culto el populacho
y es el voto su penacho
y las urnas sus crisoles!
¡Dios nos libre de españoles
traducidos al gabacho!

Siglo de torpes envidias,
de apocadas igualdades,
de seniles vanidades
y afeminadas perfidias!

Yo desprecio tus insidias
porque mis pecados son
arrogancias de varón,
orgullos de mocedad;
me falta la vanidad
y me sobra la ambición.

Soy pródigo, aventurero,
y, aunque pobre y vergonzante,
sé gastar a mi talento
la vida como el dinero.

Yo amo la vida y espero
perderla sin vacilar,
que aunque la quiero gozar
no la quiero encarecer:
¡me gusta por el placer
de poderla derrochar!

Que esta sangre que me inflama
como un vino generoso,
es un licor más precioso
cuanto mejor se derrama.

Quien más vive, quien más
presume de más valiente,
y es porque sabe y presiente
que en los huertos del Amor

cuando se troncha una flor
es esparce más la simiente.

Nací para ser soldado
y aún la lucha me apasiona
fué mi herencia una tizona
de acero muy bien templado.

Mas, ociosa la he dejado,
torciendo mi vocación,
pues late en mi corazón
el instinto militar
que hizo a mi padre temblar
con ímpetus de león.

Tengo un ansia de vivir
que me hace desfallecer,
un vivo afán de querer,
de odiar y de combatir...

Vivir quisiera y morir
viendo en gloriosas cruzadas
las banderas desplegadas
sobre torres altaneras.

Mas ¿dónde hallar las banderas
si están todas desgarradas?

Una sola y es de Amor,
se yergue, blanca y divina,
la bandera peregrina
de Cristo Nuestro Señor!

Yo he visto su resplandor
como un incendio en el mar;
yo la he visto al despuntar
un glorioso alborecer...
¡por ella, si es menester,
la vida entera he de dar!

¿Quién a este dulce señero,
quién habrá que se resista
si tiene un alma de artista
y un alma de caballero?

¡Seguir sus cruzadas quiero,
y a su luz amanecer,
y el espíritu encender
en su divina locura;
quiero su casta blancura
con mi sangre enrojecer!

Dadme ¡oh cielos! la ocasión
donde pruebe que no en vano

mi abolengo es castellano
y es mi nombre de león.

De mi ardiente corazón
¿habrá quien saber presume
porque vió temblar mi pluma?
¿Conoce el fondo del mar
quien vió en la playa temblar
y deshacerse la espuma?

Yo soy, lector, como ves,
un Quijote de la Cruz;
mezcla de hidalgo andaluz
y de hidalgo montañés.

Con aquel santo marqués
de Lombay, quisiera asir
los cielos, y repetir
con semejante fervor:
¿Nunca servir a señor
que se me pueda morir?

Que alumbre nuestros senderos
la luz de los viejos soles;
demos ya fe de españoles
cristianos y caballeros;
aprestad liras y aceros,
que es tiempo de caminar
y es tiempo de restaurar,
y es trance de combatir,
y es hora de decidir,
y ocasión de despertar...

¡Claros varones de antaño!
¡Tornad, por Dios, a Castilla
para castigo y mancilla
de los felones de hogaño!

Que de este oscuro rebaño
no quede huella en la lid...

¡Claros varones, venid,
barred con vuestras espadas
las turbas afrancesadas
que han dado por muerto al Cid!

Que con viva exaltación
la vieja Musa española
cobre una nueva aureola
de peregrina invención,
y que su honrada canción
sea en Castilla, como antes,

regocijo de estudiantes,
semilla de romanceros,
y escuela de caballeros
y alivio de caminantes.

Ricardo LEÓN.





Mons. Ragonesi, Nuncio de España



u eminencia monseñor Francisco Ragonesi nació en Viterbo el año 1850.

Hizo sus estudios con gran aprovechamiento, y no tardó en ser nombrado Canónigo de la Catedral de Viterbo.

Más tarde se le designó para desempeñar el vicariato general de aquella diócesis.

En 1904 fué nombrado por Su Santidad Arzobispo titular de Mira y delegado apostólico de Colombia.

En Bogotá se encuentra desde el dicho año de 1904.

Durante su delegación en Colombia ha dado monseñor Ragonesi pruebas inequívocas de sus raras condiciones diplomáticas. Hombre de gran cultura, de extraordinario entendimiento, de una admirable ductilidad de carácter y de una bondad sin límites, supo captarse la confianza y el cariño del Gobierno y de la nación colombianos.

Un dato bastará a probar hasta qué punto se estimaba a monseñor Ragonesi en Colombia: Ha permanecido en dicha República ocho años, contra lo que es costumbre, puesto que los representantes de la Santa Sede no suelen permanecer más que cuatro en cada categoría. Monseñor Ragonesi era muy querido del pueblo y del Gobierno, y en atención a ambos la Santa Sede fué prolongando su estancia en la República hasta duplicar el plazo ordinario.

Así se explica que el nuevo Nuncio proceda de una delegación apostólica y no de una Nunciatura de segunda clase, como es lo normal y corriente. Los cuatro años que debía haber pasado en la Nunciatura de segunda clase se le acumularon a los cuatro de la

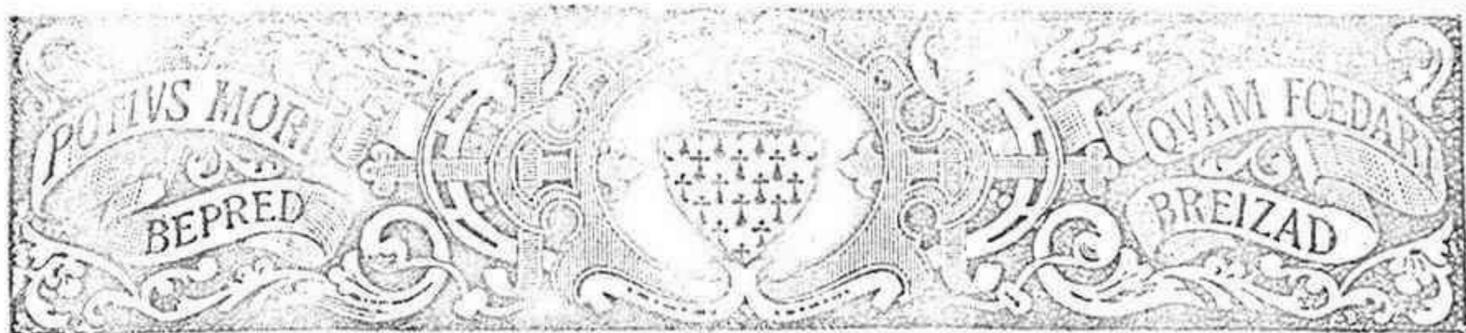


delegación. De aquí el salto de delegado apostólico en Colombia a Nuncio en Madrid.

Monseñor Ragonesi es entusiasta por las obras sociales, como él mismo expuso en un notable documento dirigido a las Conferencias de San Vicente, que circuló profusamente por toda la República colombiana.

El Arzobispo de Mira será, pues, digno sucesor de su eminencia el Cardenal Vico, que tan gratos recuerdos dejó entre nosotros.





EL PADRE MIR



ENTRE el torbellino de los sucesos políticos de estos días ha pasado casi inadvertida la muerte del ilustre literato don Miguel Mir. Pérdida grande que sufren las letras patrias, de las que era una de sus más legítimas glorias e ilustre representante.

El P. Mir era mallorquín de nacimiento. Ingresó en la Compañía de Jesús a los quince años, y a dicha Orden debió su formación intelectual. La Compañía lo dedicó a la cátedra, donde explicó sucesivamente latín, griego, filosofía y teología; y se dió a conocer con gran brillantez en Burgos y Salamanca, no bien se hubo ordenado de sacerdote.

Emigró entonces a Inglaterra y empezó su espléndida carrera literaria. Corrían por entonces los libros de Draper por toda Europa y se propagaba haciendo estragos por España. El P. Cámara, Ortí y Lara, Mendive, Comellas, salieron al encuentro del autor de los famosos conflictos; el P. Mir, remontándose a los principios, y secundando el concurso de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, escribió su «Harmonía entre la Ciencia y la Fe». El teólogo, el sabio, el historiador, el hombre de ciencia aparecen con toda su brillantez en la obra magistral, escrita con el estilo castizo de nuestro siglo de oro.

«En la prosa del P. Mir—escribió Menéndez y Pelayo—parece que revive el abundante lácteo estilo de nuestros mejores prosistas. Sin dejar de ser didáctica, su elocuencia es animada y viva, como si quisiera persuadir y vencer a un tiempo el corazón y la inteligencia. Siempre lúcido, terso y acicalado, pero exento de relamido artificial, muévase y fluye el raudal de su frase con abundancia reposada y halagüeña. Lauro es este de la lengua y del estilo que el

P. Mir alcanza solo o casi solo entre nuestros escritores de asuntos filosóficos en este siglo. A todos les ha dañado más o menos la falta de sentido artístico, y el no haber educado su gusto y su oído con los ascéticos de la Edad de Oro».

«Su estilo—añadía—es grave, llano y majestuoso, de ritmo un tanto semejante al de la Poesía, de solemne andar y de pliegues amplios y rozagantes, como los de una toga romana; período clásico y latino por excelencia, que de los labios de Marco Tulio pasó con más fuego y no menos grandilocuencia a los de Fr. Luis de Granada».

El libro del P. Mir fué un triunfo para la religión y para las letras; aquélla le colocaba entre sus apologistas, éstas entre los grandes prosistas contemporáneos. Los errores, las objeciones que él combatió han pasado de moda; también muchos de sus argumentos son hoy puestos en duda por la ciencia de nuestros días; pero la férrea armadura de aquel libro subsiste aún y su ornamentación clásica durará lo que nuestra lengua.

A la «Harmonía» siguió la «Historia de la Pasión», maravilloso estudio psicológico, de un trabajo y esfuerzo mental incaculables. Sus párrafos, hechos a cincel, pasarán a la posteridad como la obra acabada de un maestro.

Siguen sus obras «Estudios de la vida de Santa Teresa», de corte clásico, «Bartolomé de Argensola», «Defensa de la Influencia de los aragoneses en el descubrimiento de América».

El P. Mir había salido, hace mucho tiempo, de la Compañía; desempeñaba el cargo de Bibliotecario de la Academia de la Lengua que le había abierto con justicia sus puertas, y ha muerto de una angina de pecho, tan pobre como había vivido, pues todo lo invertía en libros y en sus estudios. En su muerte llorarán la Iglesia y las Letras, que acaban de perder también a Rubió y Ors y a Viscasillas.

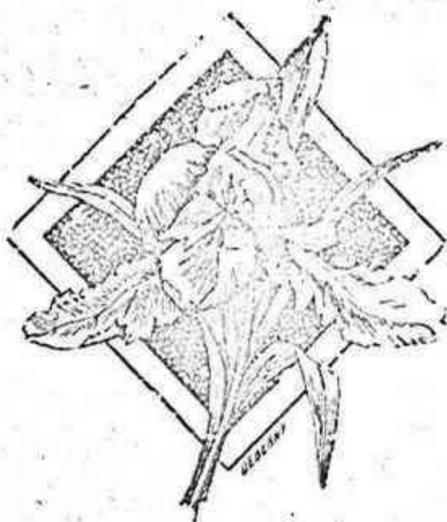
El P. Mir se había sustraído a la penosa tarea de escribir corriendo, sin la suficiente preparación y lima de los escritos. Así alcanzó aquel grado de casticismo al escribir que hacen de él uno de los pocos escritores no contaminados por el galicismo y el desaliño de la frase tan corrientes en nuestros días.

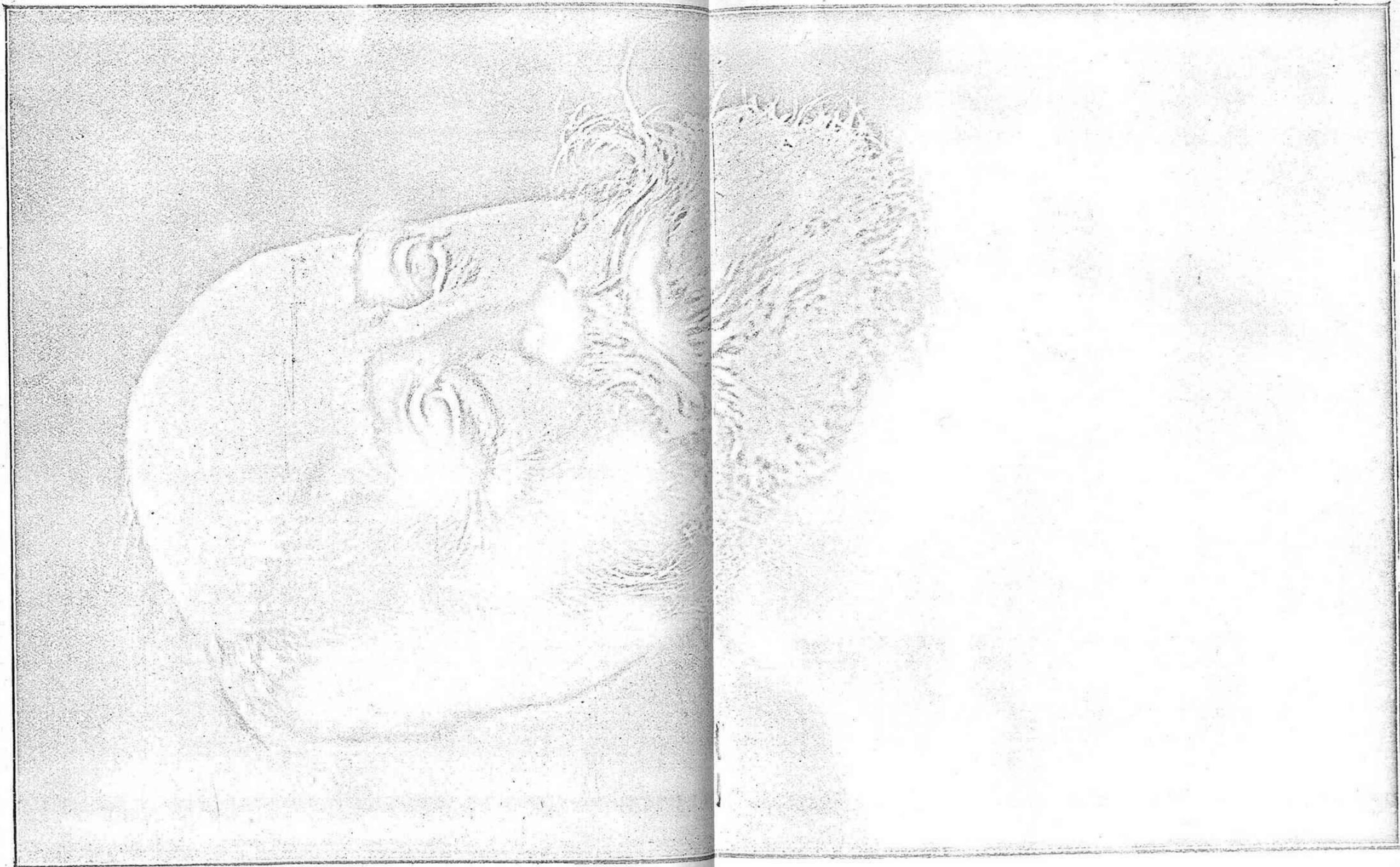
Su gran cultura, su conocimiento de las lenguas extranjeras, su dominio de las literaturas clásicas, hicieron que sus obras pasasen las fronteras y fuesen traducidas a otras lenguas, honor rara vez alcanzado por los nuestros, a los que se contenta con ignorar sencillamente la cultura europea.

¡Cuánto ganarán los mismos españoles si en vez de leer noveluchas y traducciones, escritas sin pies ni cabeza y con pésimo gusto, se deleitaran en esas obras maestras!

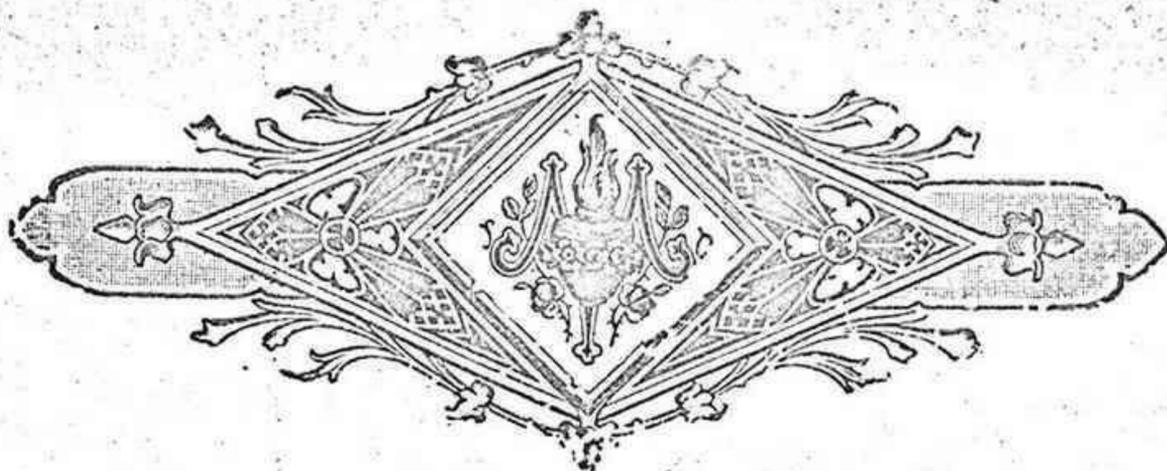
Descanse en paz el ilustre literato.

Fr. S. de U.





EXCMO. SR. D. SEGISMUNDO MORET



CASTILLA BAJO EL SOL

¡Castilla está contenta bajo el beso del sol!
de un sol que no conocen, presumiendo de grandes,
ni los montes de Suiza, ni los campos de Flandes,
porque el rey de los astros quiere ser español.

La llanura, alfombrada por los trigales, brilla
como el prodigio de oro de un mágico palacio;
dando luz a la tierra se alborozaba el espacio;
¡el sol está contento besando a su Castilla!

Un día fué su esclavo, delirando en su encono
de majestad, Castilla domó sus fulgores,
y él no abrasa sus glebas, no la guarda rencores;
fué su prisión tan alta que parecía un trono.

Fuó una cárcel de espejos donde viese sus trazas,
que le puso Castilla con esplendores reales,
en el mar un espejo de revueltos cristales,
en la tierra un espejo de revueltas corazas.

Ahora Castilla es pobre, pero el sol la perdona,
la venera, que es grande cuando llora vencida,
con la muda grandeza de una reina caída
por la traición de un hijo que vendió su corona.

Grande es Castilla; hay algo que musita en los aires
y recorre los campos cantando sus proezas;
molinos que atestiguan locuras de grandezas,
posadas que atesoran recuerdos de donaires.

Una ciudad antigua con huellas de herraduras
que cruzaron sus calles en tropeles de guerra;
un pueblecito pobre, que agarrado a la tierra
de la pendiente, sufre la sed de las alturas.

Un rebaño que pasa convidando a la paz,
un corcel que se aleja dejando una añoranza,
el silencio infinito de la gris lontananza,
el chillido salvaje del pastor montaraz.

Un trigal lleno de oro; ¡castellanos vivid!
¡un trigal lleno de oro!; lo ha labrado una reja
hecha por el labriego con una lanza vieja
de un ascendiente hidalgo que la heredó del Cid.

Castilla es grande, inmensa; bien lo conoce el sol
que del Rhin se recata y huye de los Dofrines;
el sol que ama los pueblos de lanzas y clarines,
tiene el orgullo santo de llamarse español.

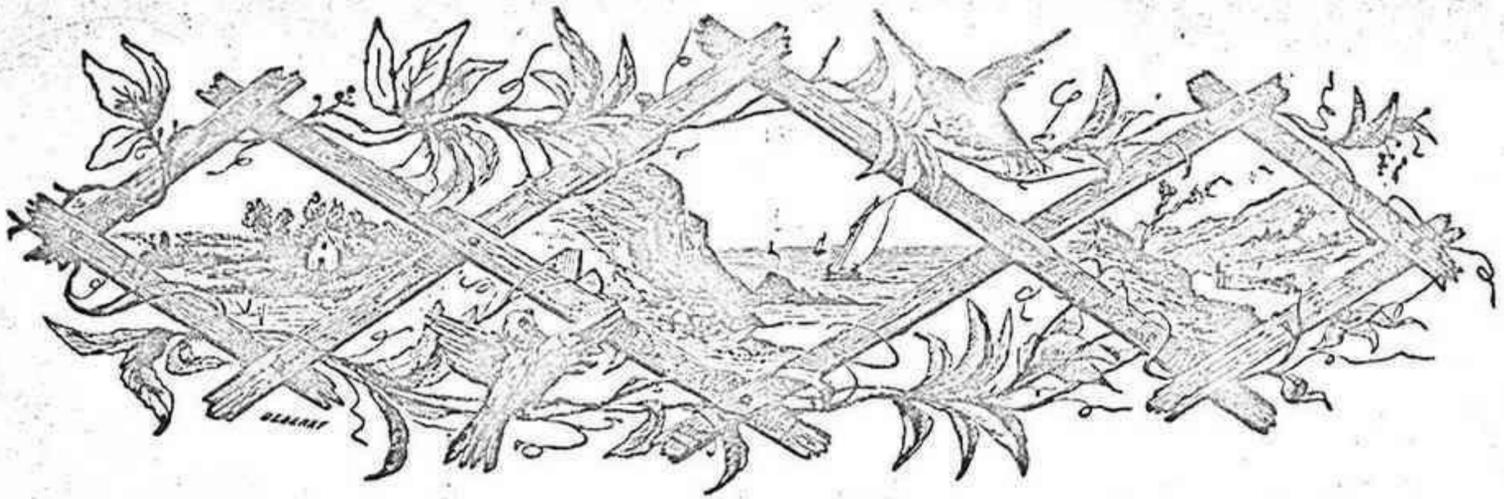
¡Mirad cómo fecunda con calor de su lumbre
la tierra bendecida por sangre castellana!
¡mirad las flores rojas que vierte en la besana!
¡mirad las gemas blancas que derrocha en la cumbre!

¡No lloréis con quejidos de estéril amargura!
¡Gozad el optimismo del paisaje que entona
canciones a la reina que perdió su corona!
Azul está el espacio, dorada la llanura.

No hay un solo importuno jirón de nubecilla;
la luz extingue el agua del llanto en su crisol.
¡Ríe de amor Castilla porque la besa el sol!
¡Y el sol ríe de orgullo porque besa a Castilla!

J. Antonio BALBONTIN.





CUENTOS ALEMANES.

EL ESPINO PERFUMADO



EN las afueras de la pequeña ciudad de empinados techos rojos y campanario puntiagudo, cubierto de pizarras, había un jardín lleno de rosas, cuidado con esmero, que pertenecía a una señora bondadosa y afable.

Al final del jardín había una pequeña elevación, sobre la cual estaban colocadas una mesa y unas cuantas sillas.

Era aquel el sitio que tenía el aire más fresco, y por eso acudía la buena señora a sentarse allí por las tardes; observaba si en los jardines vecinos florecían las rosas y esperaba a que el sol poniente prodigara el oro de sus rayos sobre la ladera frondosa de las montañas del fondo.

Detrás de la pequeñísima colina había, junto al cercado, un insignificante (Roseristranch) rosal salvaje, del cual no se ocupaba el jardinero.

En la primavera había salido el primer vástago, delicado y endeble, más, pronto había echado espinas para proteger su tierna vida. Crecían alegremente sus hojas y capullos y estaba contento. ¡Tenía tantas cosas que ver!

Pequeños insectos hacían gimnasia en sus ramas y caían dando volteretas cuando él se sacudía; los caracoles, con sus casas a cuestas y coronas maravillosas sobre la cabeza, se arrastraban y decían: «Déjanos pasar».

El se inclinó amablemente a un lado, diciendo: «¡Qué cargados váis! ¿No os es molesto?»

—¿Qué entiendes tú?—replicó el caracol—somos gente fina y viajamos con mucho equipaje.

—Por esa razón camináis tan despacio, dijo secamente el espino.

—Eso es lo que queremos—replicó el caracol,—no estamos por los progresos rápidos.

—Observa a las hormigas; dijo el sabiondo espino señalando a la caravana que pasaba afanosa junto a ellos.

El caracol vanidoso, no volvió siquiera la cabeza, por miedo a estropear su tocado, sino que contestó friamente:

—La ocupación es para la gente pequeña, nosotros somos demasiado grandes para ello.

—Vuestra petulancia es de veras fastidiosa—dijo riéndose el espino, que estaba molesto por su posición inclinada—prefiero las hormigas.

Y con esto se enderezó de nuevo, pinchando al hacerlo al caracol en un lado.

Este se retiró de prisa con su casa y dijo:

—¡Qué ordinario eres!

Un ratoncito sacaba de un agujero inmediato su hociquillo escudriñador; los pajarillos pasaban volando...; en una palabra, había todo el día algo que ver.

Por la noche, cuando el espino estaba cansado de crecer, le cantaba el tordo (Drossel), con su pico amarillo y posado en lo alto de un tilo del jardín vecino, sus canciones más melodiosas para dormirlo, y lo despertaba a la mañana siguiente, cuando el sol descubría la cortina del cielo para mirar a la tierra.

El primer susto lo tuvo el pequeño arbusto (Busch), cuando vió un día un mónstruo negro que pasaba a lo largo de la cuneta; era Troll, el inteligente perro de aguas.

Acercóse éste tanto, que las espigas del cardo tocaron las rizadas lanas y dos rizos se quedaron colgando de las ramas como banderitas de luto.

Al poco tiempo se estremeció el vallado y salió un pájaro, vió los rizos negros, cogió uno y se lo llevó. Después volvió a buscar el otro. Pero esta vez el espino le detuvo:

—Detente, ladrón, ¿a dónde vas con mi lana?

El pájaro se columpiaba en la punta del arbusto, pitando:

—Te doy gracias por la lana, querido espino; necesítola para mi nido, que debe ser mullido. Hace ocho días que vivo aquí cer-

ca de tí, con mi esposo el cantor; hacemos aquí nuestro nido. Pronto estará listo... titi... titi... tit, y husch... se había volado.

El espino había reparado en el sitio por donde entró el pájaro en el vallado y miró lleno de curiosidad. ¡No salía de su asombro!

Admiró el nido redondo, hecho con tanto arte y los huevecillos; observó cómo salían los pequeñuelos del cascarón y los padres buscaban durante todo el día alimento para las insaciables criaturitas.

—¡Ay!—pensó el espino—¿cuándo podré yo llevar en mis brazos un nido como éste? ¿Qué pájaro anidará aquí? ¿Tal vez un *Amsel* de traje sencillo? ¿O un mirlo de abigarradas plumas, que canta tan fuerte? ¿O un canario verde?

Los pequeños tordos crecieron de prisa; el nido se hizo estrecho y un día estaba vacío...

El espino oía cómo se ensayaban a volar los pequeñuelos en el jardín vecino; pero no podía verlos.

Unos pájaros volaron por el aire sobre el jardín «titi... titi...» y desaparecieron.

Muy triste los siguió el espino con la vista.

—¡Si pudiera al menos mirar por encima del vallado!—pensó e hizo un esfuerzo supremo para crecer.

—Cosa triste ser tan pequeño.

Mas antes de que fuera bastante alto, vino el otoño; las noches fueron cada vez más frías y el pobre arbusto tuvo que refugiarse detrás de un recodo para evitar la crudeza del viento.

A primeros de Noviembre cayó ya la primera nevada y lo envolvió de tal modo, que se durmió... y no despertó hasta que el sol de primavera derritió de nuevo con sus rayos la nieve.

Empezó primero a gotear y luego a fundirse y correr. Quieras que no, la nieve no tuvo más remedio que marcharse.

Donde encontraba una ramita o un poste que salía de la tierra allí se agarraba, tan fuertemente, que tenía que picar mucho el sol para que se soltase.

El espino la oía gotear, fundirse y correr, y miraba incesantemente para ver si el sol no le olvidaba.

Por fin un cariñoso rayo cayó, entre el vallado y el recodo, sobre la cabeza del espino.

Le hizo tanto bien, como al niño cuando le acaricia los rizos la mano dulce de su madre, y se estiró y empezó a crecer de nuevo, con tal afán, que los primeros brotes verdes pudieron mirar pronto por encima del vallado.

¡Ay qué hermoso! Ante su vista se extendía un jardín lleno de arbustos en flor y alfombras de flores.

Estaba tan abstraído en su contemplación, que casi se hubiese olvidado de crecer, si no hubiese venido una tarde la simpática señora con el perrito negro.

El espino era ya tan grande que podía ver y oír lo que pasaba en la colinita.

Poco después de su ama vino el jardinero y ésta le enseñó una rosa abierta en el jardín vecino.

—Mis rosas son todavía más hermosas—dijo el jardinero algo picado—dentro de unos días llenaré la primera cesta.

—¿Habrá rosas más hermosas aún del otro lado de la colina?—pensó el espino—yo tengo que verlas.

Y para eso dió un nuevo estirón, de modo que antes de que cortasen las rosas pudo verlas por cima del cercado.

¿No era acaso aquel el paraíso? En el medio había una pradera tan verde como las esmeraldas, y alrededor había rosales muy altos con frondosas copas cuajadas de flores que perfumaban el ambiente.

El espino no se saciaba de mirar. Se preguntaba cuál era la más hermosa; pero no podía llegar a ninguna conclusión.

Tan pronto le parecía que sería la blanca con su aire de solemnidad como la amarilla brillante; pero también la encarnada obscura, con hojas como terciopelo, era magnífica.

De repente lanzó un grito de alegría como embriagado de placer y exclamó lleno de júbilo:

—¡Todas sois hermosas y yo soy una de vosotras!

Pronto supo distinguir todas las razas.

Su primera y última mira la era para las rosas. Mas tarde vió cómo el jardinero vino y cortó las rosas una tras otra y llenó todo un cesto.

—¿A dónde van las rosas?—preguntó a todos los que podían oír.

—Esas son preguntas para los desocupados como tú—dijo la hormiga—no me detengas con palabras tan inútiles; eso no conduce a nada.

El ratoncillo pestañeó con sus ojillos pizpiretos, relamió su hociquito puntiagudo y declaró:

—Se ve que no sabes lo que es grasa asada cuando piensas en cosas tan indiferentes. Rosas... rosas..., en la despensa no entran rosas, eso es lo que yo sé.

En su apuro se dirigió al distinguido caracol.

Este contestó con calma:

—Tu pregunta me es casi incomprensible. Para los caracoles no hay rosas; son cosas de tu imaginación.

Por fin vino una mariposa con puntitos negros que había viajado mucho, que todo lo sabía.

—Las rosas—dijo—son para la reina. Las colocan en *Schalen* de oro sobre mesas doradas y la más hermosa la pone el rey sobre los cabellos de la reina. Yo hice el viaje en una rosa y lo he visto todo; he tocado los cabellos de la reina... yo. Extendió sus alas satisfecha y voló.

El espino se quedó al principio perdido en sus pensamientos; no sabía lo que le pasaba; ¿debía reír o llorar?

—¿Con que las rosas van a la reina y las ponen en vasos y mesas de oro y la más hermosa brilla en los cabellos de la reina? ¡Qué hermosura! ¡Qué indecible hermosura! Y yo soy una de ellas... ¿cuándo seré yo también un rosal florido?

Así se preguntaba el espino y se consolaba diciendo:

—Primero tengo que crecer todavía; pero luego daré perfumadas rosas llenas y entonces vendrá la señora tan dulce y seré el deleite de su vista y el orgullo del jardinero y el adorno de la reina.

Ser una hermosa rosa, estar colocada en vasos y mesas de oro y brillar en los cabellos de la reina; eso es lo que quería, ese era su anhelo.

Roconcentró toda su fuerza y pensó... y pensó... y esperó.

El nido de los mirlos estaba olvidado, no seguía más a los pájaros con la mirada; ¿quién es el que piensa en hacer nidos cuando conoce el anhelo?

Los insectos jugueteaban impunes con él, no detenía más a los caracoles, en cambio hablaba con la lluvia, el viento y el sol, los tres hijos del cielo.

A la lluvia le pedía: «Dame de beber para que mis raíces tengan savia; yo en cambio te daré lo más dulce de mi perfume».

Cuando soplaba el viento cual si lo quisiera llevar, le decía en tono de broma: «Viento, viento, ¿a dónde? Yo me quedo firme donde estoy: viento, viento, ¿a dónde? Más alto que tú sube mi pensamiento».

Y cuando el sol tardaba mucho, le decía cariñosamente: «Sal, joh, sol! de la puerta del cielo; todos esperamos mirando hacia arriba: abre, sol, las puertas del cielo y todos te bendeciremos por ello».

Y sucedió que el sol accedió a su deseo. Salió tan abrasador, que

pronto todas las plantas suspiraban por la lluvia y las flores débiles y cansadas de la vida dejaban colgar sus cabezas.

Las hierbas se secaron y los caminos se llenaron de polvo hasta en el jardín de las rosas de la señora bondadosa.

Uno de esos días calurosos volvió ésta después de algún tiempo a la colinita en cuya ladera crecía el espino.

—Ahora, ahora me viene a buscar—pensó—y agarró atrevido su vestido.

—Mira, mira—dijo al jardinero—mira este salvaje *Wildling* tan inútil. ¿Qué hace aquí? Córtalo.

El jardinero sacó un cuchillo de su faltriquera, se inclinó y... ritsch... ratsch... ratsch... ya estaba cortado el arbusto.

El hombre cogió las ramas y las tiró en el rincón más remoto del jardín. Allí se secaron.

El espino estaba al pronto atontecido por el dolor y la vergüenza. Las heridas estaban húmedas con la sangre de su corazón. Entonces empezó a quejarse y lamentarse de dolor y de rabia y luego lloró. Sus lágrimas caían como rocío sobre la tierra hasta que vino la noche.

Voló ésta con alas tranquilas sobre la tierra y extendió su negro velo sobre el cual estaban bordadas las estrellas.

Entonces dejó el pobre espino de avergonzarse de su suerte, sus lágrimas se secaron y se durmió.

Al día siguiente, en cambio, se despertó con nuevas penas, por que los insectos, los caracoles, las hormigas y los pájaros hablaban con desprecio de él al ver cómo lo habían puesto.

Pero a pesar de estar tan anonadado y aunque hubiera querido que se lo tragase la tierra, tenía, sin embargo, que quedarse en pie.

—Ya veo—decía—que no se muere uno tan fácilmente... conque, ¡jadelante!

Así empezó de nuevo a crecer y hete aquí que fué más de prisa de lo que él creía. Así lo sorprendió la nieve en el invierno y lo tapó.

Debajo de la nieve tenía una tranquilidad profunda y reflexionó. ¿A dónde voy a parar? ¿Qué va a ser de mí? Una hermosa rosa no seré nunca, no soy más que silvestre; para mí no esperan vasos de oro sobre doradas mesas; nunca adornaré los cabellos de la reina. Debo estar contento cuando los pequeños insectos y las hormigas vengan y el mirlo cante en mis ramas sus dulces canciones. Mi anhelo era una equivocación. Ahora me he vuelto razonable; pero mi dicha acabó. Tal vez venga todavía un pájaro a poner su nido en mis ramas.

Cuando vino la primavera empezó de nuevo a trabajar desde las raíces; como éstas eran sanas y fuertes echaron un robusto tallo bien arqueado.

Una tarde volvió la señora afable con el jardinero como el año anterior.

Cuando llegó a la altura se paró, respiró varias veces el aire, miró alrededor y exclamó:

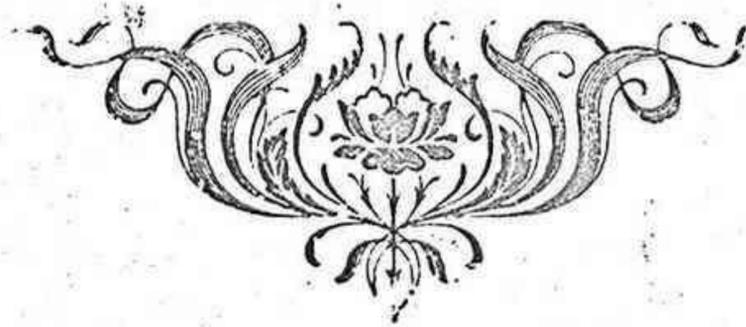
—¡Qué aroma tan rico...! ¡Y no veo ninguna flor! ¿De dónde vendrá ese olor tan fino?

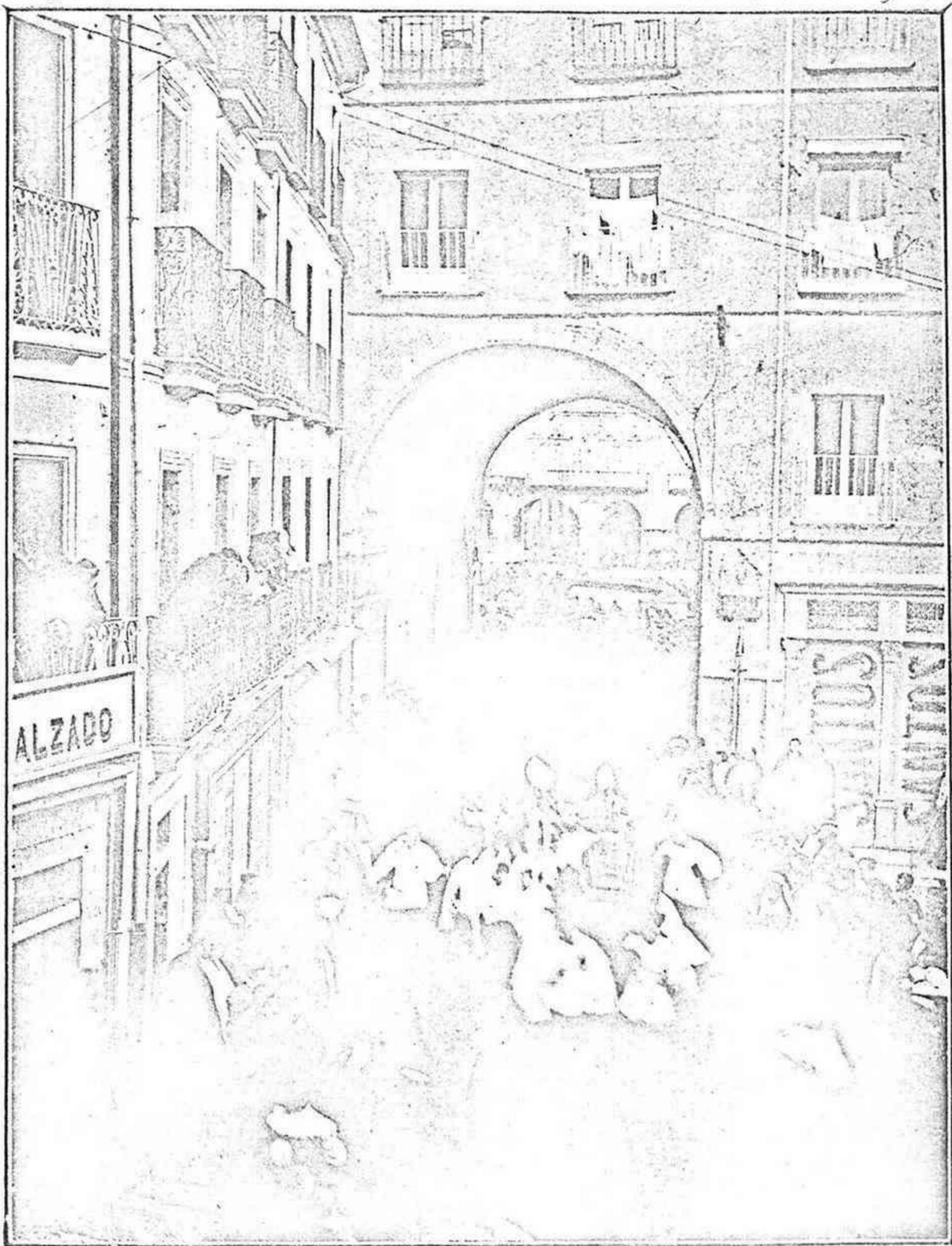
—Debe de ser este arbusto silvestre: dijo el jardinero rompiendo una ramita y entregándosela a la señora.

Arrugó ésta una hoja en sus blancos dedos y exclamó: en realidad es el silvestre. ¡Oh, qué perfume! Y puso la ramita en su pecho y contempló largo rato al espino con satisfacción.

El estaba inmóvil. No dijo siquiera a los insectos, hormigas y caracoles: ¿Lo estáis oyendo? No se estiró ni se alargó sino que se quedó como era.

(Pero para sus adentros decía lleno de consuelo. No he luchado en vano. Mis dolores y lágrimas se han trocado en perfume y si no soy un magnífico rosal... soy por lo menos un espino que perfuma





Entierro del P. Valdés.—Paso del féretro por un arco
de la plaza Mayor



En el Ateneo.—Conferencia de Rufino Blanco.—El ilustre periodista y director de nuestro querido colega *El Universo* dió el día 13 la primera de las conferencias pedagógicas que habrá de explicar en el presente curso.

La conferencia de Rufino Blanco fué una hermosa resultante de los innumerables datos recogidos durante quince años de no interrumpido trabajo en más de setenta bibliotecas nacionales y extranjeras.

El conferenciante aportó gran número de citas y datos que avaloraron su discurso.

En la imposibilidad de reproducir la notable conferencia, ofrecemos a nuestros lectores algunos de sus párrafos más brillantes:

«La historia de las ideas pedagógicas es un trabajo necesario e interesante. Es, desde luego, difícil, porque las grandes corrientes se perciben pronto; pero cuando los afluentes se multiplican es a veces imposible dar con el manantial primitivo y con la fuente original; pero las exploraciones son siempre útiles, y cuando se llega a la idea madre y desde la altura se contempla el panorama y cada cosa se ve en su lugar, en su relación y en sus justas proporciones, se llega también al conocimiento de la causa y de los efectos, que es la mejor base de las aplicaciones prácticas.

Las ideas de Religión y Filosofía de un pueblo, su sistema de Gobierno y su organización social son órdenes fundamentales de la vida, estrechamente ligados a las teorías y prácticas de la educación.

Siguiendo el método que antes indiqué, he catalogado en ciento dos especies las diversas corrientes de la Pedagogía española contemporánea, todas ellas sacadas de documentos vivos, cuya cita al pormenor puedo ofrecer a los aficionados a estos estudios, y en ellas se advierte que el *idearium* pedagógico español es, en calidad y cantidad, igual al de los demás pueblos cultos. Podrá diferir en el tiempo y en la extensión de una especie, pero no por el número ni por sus cualidades específicas.

La influencia de la civilización helénica en nuestras ideas pedagógicas tiene una genealogía muy clara.

De Sócrates y de Platón han llegado hasta nosotros los procedimientos de enseñanza tan conocidos y generalizados; académicos y peripatéticos son los kantianos, panteístas idealistas modernos y neoplatónicos que tienden al monopolio de la enseñanza por el Estado, y poco nuevo se ha dicho después de Platón y de Aristóteles sobre la virtud educativa de la música y del dibujo.

Santo Tomás de Aquino, en el siglo XIII, que es el siglo de nuestras Universidades y la cúspide de la civilización cristiana, explanó y completó maravillosamente la Filosofía aristotélica; y un discípulo suyo, Egidio Romano, monje agustino, parafraseando las enseñanzas del maestro y las *Éticas* y las *Políticas* de Aristóteles, escribió en su *Regimine Principum* el primer tratado de educación, traducido en códices castellanos en el siglo XIV, e impreso en un precioso incunable hispalense del año 1494, y de él ha salido, como de rica cantera, esa espléndida bibliografía pedagógica, genuinamente española, que forman desde el siglo XVI al XVIII; los tratados de educación de Príncipes y nobles, en los cuales se inspiraron para las ideas fundamentales de sus principios de educación Simón Abril, el gran filósofo Mayáns y Siscar, Jovellanos y otros insignes representantes de la Pedagogía nacional.

La seudorreforma protestante no trajo a España sino un desmedrado opúsculo

anónimo del siglo XIX, y la Filosofía de la Naturaleza, tan admirablemente sostenida en la educación por Vives y por Comenio en su *Didáctica magna*, tiene también su origen en las doctrinas de Aristóteles.

La influencia católica en la Pedagogía española corre parejas y casi se confunde con la influencia aristotélica y con la Escolástica, aunque su origen divino se halle en los libros de la Biblia, especialmente en el *Deuteronomio*, en los *Proverbios*, en el *Eclesiástico* y en las admirables epístolas del apóstol de los gentiles.

La influencia extranjera en nuestras ideas pedagógicas es abrumadora: casi la octava parte de nuestra Literatura pedagógica es forastera, y de ella la mayor parte francesa o vergonzantemente afrancesada, sin que para ello haya valor intenso de ideas o sistemas, sino el poder expansivo de la lengua de Molière.

El positivismo, la evolución, el realismo y el utilitarismo en Pedagogía se deben, primero a Locke y después a Spencer y a Bain; la Pedagogía revolucionaria procede, principalmente, de Rousseau y de Pestalozzi; la Psicología pedagógica, de Herbart; la Didáctica de la lengua materna, del abate Girard; la Pedagogía social, de Pestalozzi y de Natorp; la Pedagogía de la acción, que es superior a la Pedagogía de la intuición, es de Froebel, y a la Pedagogía portuguesa no deben más obra de importancia nuestras ideas pedagógicas que el *verdadero método de estudiar*, de Verney, el Feijóo portugués, más conocido por el *Barbadiño*.

La Pedagogía feminista de la mujer y para la mujer, tiene un glorioso precedente en los estudios psicofísicos de doña Oliva Sabuco de Nantes, titulados *Nueva Filosofía del Hombre*, continuados por el *Discurso sobre educación física y moral de las mujeres*, de doña Josefa Amar y Borbón, y seguidos hasta la fecha por dos escritoras próceras contemporáneas: doña Concepción Arenal y doña Emilia Pardo Bazán.»

Una estruendosa salva de aplausos resonó al terminar Rufino Blanco, siendo muchas las felicitaciones que después recibiera de amigos y admiradores.

A la conferencia asistió un público de intelectuales tan numeroso como culto.

LA BASILICA TERESIANA, admiradora entusiasta de la sólida y vasta cultura del Director de *El Universo*, se asocia con mucho gusto al justo tributo de admiración que el elemento intelectual de Madrid rindió al querido amigo.

~ ~ ~

Los poetas que se fueron y los que llegan...—Uno que llega.—El reverendo padre Constancio Eguía Ruiz, de la Compañía de Jesús, viene publicando en la tan conocida e importante revista *Razón y Fe* unos interesantes artículos de crítica literaria acerca de *Los poetas que se fueron y los que llegan*...

El número III, dedicado al joven poeta José Antonio Balbontín, y en él nos encontramos con los siguientes párrafos, que ofrecemos al lector:

«... Nosotros asistimos con gusto al primer albor del simpático poeta José Antonio Balbontín, y no lo reputamos, ni mucho menos, por aborto malogrado de las musas. Indudablemente es una graciosa flor. La Naturaleza le ha pignorado sus ricas dotes a cuenta de los frutos sazonados que de él espera: esa misma Naturaleza que adelanta a los campos la flor temprana del almendro, las moradas lilas y la fragante rosa de Alejandría.»

«... Era niño cuando *alboreaba* en verso; pero, como nota muy bien el señor Montoto, tal vez por eso desconocía el miedo. En los días brutales de la «semana trágica» de Barcelona, cuando los héroes de la revolución ostentaron la más odiosa y cobarde villanía y nuestros poetas adultos y viejos colgaron la lira del silencioso sauce para plañir impotentes, sobre el menudo David, en bravío canto de guerra y en execradora lamentación, lanzó la piedra de la verdad sobre la frente precita de los Caínes educados en el odio vesánico a Dios y a la Patria:

No respetaron el cadáver yerto
ni de los claustros la bendita calma:
y es que, bramando en infernal concierto,
salieron, como hienas del desierto,
de la escuela sin Dios, ¡hombres sin alma! (1)

Estos cinco versos son más que una piedra de hondero pastoril: constituyen,

(1) Quintetos *A España*, con motivo de los sucesos de 1909, pág. 57 de *Albores*.

en expresión de Pidal (1), «un poema lapidario que debiéramos todos aprender de memoria y grabarlo en bronce».

«... No le ha salpicado la menor mácula de modernismo. Su gusto equilibrado contrasta con las falsas y peligrosas invenciones de tanta literatalla encunque y enfermiza como hoy nos rodea. El es más alto que toda esa faramalla del coruscante americanismo literario, con todas sus rebuscadas expresiones, vaciedades suspensivas, ritmos y mediciones extravagantes; sin descender una vez siquiera a beber de esas fuentes turbias, al modo que los modernistas han ido a veces a buscar enseñanzas y formas imperecederas en el gran clasicismo español. Su temperamento es, sencillamente, clásico, y no puede, so pena de incurrir en insincero y falso, imaginar y sentir a la manera de los coloristas y decadentes».



José Antonio Balbontín

«Por la misma razón se muestra ajeno a los resabios de la ya extinta escuela romántica. Flota, es verdad, en sus canciones un idealismo melancólico y apacible: «la belleza de lo triste» es el marco de aquella tabla semirromántica que se llama *La tarde de moda* (2), y del boceto descriptivo que lleva el primer título (3); pero esta sensibilidad exquisita, esta tristeza, si queréis, es tierna y sentimental; pero no romántica, porque ni la inquietud, ni el egoísmo, ni la insaciabilidad, ni el misticismo ñoño deslustran la pátina castiza y la entereza de certidumbre que distinguen las producciones de José Antonio.

«... Prospera Dios sus gallardos vuelos; inspirele tan fecundos ideales como hasta el presente y nutra su espíritu en el de la España tradicional. La virgen le conserve inmaculada su lira varonil, desoyendo requerimientos de la musa voluptuosa, contento con sus tres grandes y sublimes ideales: ¡la Religión, el amor y la Patria!... Dispóngase a recibir una superior cultura que lleve a sazón sus prendas enviadables, y sin dejar de la mano los clásicos castellanos y otros autores extranjeros de cepa castiza, esfuércese por revelarse como poeta de carácter propio y personalismo, «imitando solamente en los otros la sinceridad de una poesía que es el mismo corazón del que la canta»... (4), y con estas disposiciones cante después, y «cante (como *Máximo le aconseja*) cuando se lo pida el alma y como se lo pida, sin hacer nada de encargo ni de circunstancias, ni con la mira de ganar aplausos en las veladas o *dormilonas* literarias, o de agradar a éste ó al otro Segismundo...»

Mucho menos intente agradar jamás a las gentes del otro campo y a los críticos alquilones de la prensa liberal. Ellos, si fuera una medianía insignificante pero cantor de su época, es decir, de su corrupción, al punto le ensalzarían sin tino ni medida y atronarían los ámbitos de su prensa para labrarle una reputación falsa, pero resonante y bombástica... Como él sea bueno, como sea creyente y patriota, aunque sea poeta excelso, procurarán colocarlo entre sombras en el cuadro de sus apoteosis. Tanto mejor: las sombras de la noche de horrores y de injusticias en que vivimos, son un precedente necesario a los *albores* del gran día eterno de la legítima gloria...

«... Traza lleva Balbontín de soltar definitivamente los andadores, si algunos tiene, y de caminar cada día más resuelto por la senda triunfal de su originalidad. Penetrará por días en concepciones más hondas y más trascendentales, cuando domine el palenque de las grandes pasiones humanas. ¡Quiera Dios que, sintiendo más hondamente, se exprese todavía con la misma delicadeza y diafanidad, y que en el pleno apogeo de su concepción no emborrone la sonrosada luz

(1) Carta autógrafa en elogio del autor de *Albores*.

(2) Pág. 15.

(3) Pág. 47.

(4) Condesa de Pardo Bazán, *Retratos y apuntes literarios*, tomo XXXII de sus obras, pág. 117.

de sus *albores* y la veladura trasparente y azul de su *montaña*, y su lozanía espontánea, y el virginal encanto de su idilio!...»

«... No ceje un punto, pues. Por pródiga que haya sido la Naturaleza en conceder sus dones, la preocupación del arte ha de ser, por fuerza, un trabajo largo y continuo, sin el cual es una desgracia la misma precocidad. Siga mostrándose valiente en ofrecer su corazón a los embates de un mundo loco e injusto renunciando desde ahora a los *bombos* interesados de la Prensa liberal o rematadamente sectaria..., y así, su alma noble, flor de sacrificio y de abnegación en este siglo de positivismo y de vil interés, podrá aspirar, si no a menguados lauros temporales, sí «de la inmortalidad al alto asunto...»

In memoriam.—En el presente número de nuestra revista publicamos una fotografía que pone de manifiesto las grandes simpatías que por su malogrado Prelado sentía el pueblo de Salamanca.

De nuevo pedimos muy de veras una oración por el alma del llorado padre Valdés.

El Padre Fita, condecorado.—Le ha sido concedida la gran cruz de Alfonso XII al sabio Jesuíta e ilustre director de la Academia de la Historia, reverendo padre Fidel Fita.

Muy mucho nos congratulamos de esta honrosa distinción que se le hace, y por ello le enviamos nuestra enhorabuena.

El Congreso Eucarístico.—Se hacen grandes preparativos para el Congreso Eucarístico, que próximamente se celebrará en la capital de Malta.

El abolengo religioso de la isla, unido a la brillantez de las fiestas que se preparan, hace presumir que el número de personas que acudan al Congreso rebasará todos los cálculos.

El Gobierno británico ha puesto a disposición de los congresistas grandes salas de las escuelas y otros edificios públicos para las deliberaciones del Congreso.

Un acaudalado católico inglés ha adquirido un auto en la suma de 70.000 francos con objeto de ponerlo a disposición del Cardenal legado.

El Infante D. Fernando.—El reputado doctor Martínez Angel practicó la operación de quitar la escayola que colocó en el brazo lesionado por la caída que sufriera el Infante Don Fernando.

La operación, que se realizó felizmente, fué presenciada por S. M. la Reina madre, por los Infantes Don Carlos y doña Luisa, por el marqués de Zarco y por los ayudantes y el secretario del Infante.

Don Fernando se halla casi restablecido, y a partir de hoy un médico especialista le dará sesiones de masaje para que los músculos recobren su elasticidad.

El Archiduque Federico.—Dentro de pocos días llegará a Madrid el Archiduque Federico de Austria, hermano de S. M. la Reina madre y padre de la Archiduquesa Isabel, que se halla pasando una temporada en nuestra corte.

Fallecimientos.—En Colonia (Alemania) ha fallecido la señora doña Rosina Hirschler, viuda de Goldmann, madre política del que fué gran amante de las cosas de España D. Juan Fastenrath.

En Madrid ha fallecido cristianamente nuestro querido amigo el Exmo. señor don Octavio Cuartero y Cifuentes, Magistrado del Supremo.

LA BASILICA TERESIANA se asocia al dolor de la familia y pide una oración por el alma del finado.

D. Segismundo Moret.—Sentimos no poder trasladar a las columnas de nuestra revista las elocuentes y cristianas frases que *La Hoja parroquial* de Santa Bárbara dedicó a la santa muerte de este eminente hombre público.

Encomienden nuestros lectores su alma a Dios.

Donativos para las obras de la Basílica en Alba de Tormes

	<u>Pesetas</u>	<u>Cénts.</u>
De la señorita Eloísa Mantilla, por coros.	15	25
» » Amparo Mantilla, por íd.....	17	»
De D. Eduardo Romaguera, en memoria de su madre.....	50	»

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado